

ALEX CHIANG

2ª Edición
Revisada y Ampliada

UNA
BENDICIÓN
LLAMADA

SEXO



Ediciones PUMA

ALEX CHIANG

UNA
BENDICIÓN
LLAMADA
SEXO



Ediciones PUMA

UNA BENDICIÓN LLAMADA SEXO

Alex Chiang

Derechos de autor:

© 2011 Centro de Investigaciones y Publicaciones (CENIP) - Ediciones Puma

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2011-07434

ISBN N° 978-9972-701-46-7

Segunda edición, segunda reimpresión, junio 2011

Primera edición, 2002

Primera edición, primera reimpresión, 2005

Segunda edición, 2007

Segunda edición, primera reimpresión, 2009

Editado por:

© 2011 Centro de Investigaciones y Publicaciones (CENIP) - Ediciones Puma

Av. Arnaldo Márquez 855, Jesús María, Lima - Perú

Tel./fax: (511) 423-2772

Web www.edicionespuma.org

E-mail Administración: puma@cenip.org

Perú: pedidos@edicionespuma.org

Internacional: ventas@edicionespuma.org

Ediciones Puma es un programa del Centro de Investigaciones y Publicaciones (CENIP)

Diseño de carátula: Adilson Proc

Diagramación: Hansel J. Huaynate

Reservados todos los derechos

All rights reserved

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de los editores

Salvo que se mencione otra versión, las citas bíblicas corresponden a la *Nueva Versión Internacional* (NVI)

Impreso en junio de 2011

en los talleres de Ortega Ramírez, Luis Pedro

Mariscal Miller 2379, Lince, Lima-Perú

Impreso en el Perú


Printed in Peru

A mi hija Daniela,
joven del mañana, eterna
niña en mi corazón

Contenido

Prólogo	7
Capítulo I: Una bendición llamada sexo	11
La sexualidad en el plan de Dios	14
Una sana teología del cuerpo y del amor	23
El proceso de amar	27
Sexo y matrimonio	31
Capítulo II: Sexo sin mitos	37
Mitos relacionados con la sexualidad	39
Alternativa	53
Capítulo III: Amor real o atracción fatal	57
Conclusión	83
Bibliografía	85

Prólogo

 concebir el sexo como una bendición de Dios puede parecer desconcertante para muchos debido a la persistencia de un falso pudor que condiciona tanto la comprensión como el ejercicio de la sexualidad. Elevado ha sido el costo que se ha pagado —y aún se sigue pagando— por el error de ver en el sexo algo esencialmente pecaminoso. Este modo de pensar —hay que decirlo enfáticamente— impide las posibilidades de vivir plena y constructivamente la sexualidad tanto en hombres como en mujeres.

Las Escrituras afirman que Dios creó al ser humano a su imagen, y esto está relacionado con la existencia humana en las formas masculina y femenina (Gn 1.27; 2.18, 24). Desde este punto de vista, la relación varón-mujer refleja en parte la imagen del Creador, razón por la cual recibe su bendición (Gn 1.28). Así, varón y mujer fueron creados el

uno para el otro, es decir, para ser uno; esto implica que en el marco de la relación Dios-hombre, ninguna relación humana es tan vital y decisiva como la del sexo. La vida sexual abarca, pues, todo lo que se vive como hombre o como mujer; abarca también la manera en que hombres y mujeres se relacionan entre sí.

Las relaciones entre hombres y mujeres, o sea, la unidad de ambos en sus mejores expresiones, refleja la imagen de Dios. Sin embargo, dichas relaciones pueden también volverse destructivas, evidenciando asombrosamente los extremos a los que puede llegar la corrupción humana en el ejercicio de la sexualidad. Sexo y sexualidad pueden así convertirse en un fin en sí mismos; es decir, en algo enfermo y destructivo.

Precisamente, los mitos construidos con relación al sexo expresan la distorsión de su verdadero sentido en la vida humana. No se puede negar que el don de Dios, cuyo propósito es terminar con la soledad humana y la perpetuación de la raza dentro del marco del amor, se ha convertido en un medio de placer egoísta. Por causa del pecado, la sexualidad ha sido desviada de su propósito original y convertida en algo destructivo.

Si bien el sexo, al ser explotado y deificado, puede convertirse en algo destructivo, puede también ser transformado por la redención. Tanto es así que las

Escrituras usan la relación íntima, emocional, física y espiritual entre el hombre y la mujer como una analogía de la relación que hay entre Dios y su pueblo, entre Cristo y su Iglesia. La vida sexual plena y constructiva depende de las condiciones que la aproximan al propósito de Dios. Y ella encuentra en el matrimonio su ámbito de legítima expresión.

Cabe indicar, finalmente, que en vista de la importancia del tema, Ediciones Puma ha creído conveniente publicar la segunda edición de este libro que contiene tres de los trabajos del pastor Alex Chiang dirigidos principalmente a los jóvenes. El estilo y la claridad del autor hacen de este libro un instrumento útil para todos aquellos que desean una orientación cristiana sobre aspectos claves de la sexualidad humana.

LOS EDITORES

Capítulo I

Una bendición llamada sexo



sí quedaron terminados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos.

Al llegar el séptimo día, Dios descansó porque había terminado la obra que había emprendido.

Dios bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en ese día descansó de toda su obra creadora.

Ésta es la historia de la creación de los cielos y la tierra.

Cuando Dios el SEÑOR hizo la tierra y los cielos, aún no había ningún arbusto del campo

sobre la tierra, ni había brotado la hierba, porque Dios el SEÑOR todavía no había hecho llover sobre la tierra ni existía el hombre para que la cultivara. No obstante, salía de la tierra un manantial que regaba toda la superficie del suelo. Y Dios el SEÑOR formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente.

Dios el SEÑOR plantó un jardín al oriente del Edén, y allí puso al hombre que había formado. Dios el SEÑOR hizo que creciera toda clase de árboles hermosos, los cuales daban frutos buenos y apetecibles. En medio del jardín hizo crecer el árbol de la vida y también el árbol del conocimiento del bien y del mal.

Del Edén nacía un río que regaba el jardín, y que desde allí se dividía en cuatro ríos menores. El primero se llamaba Pisón, y recorría toda la región de Javilá, donde había oro. El oro de esa región era fino, y también había allí resina muy buena y piedra de ónice. El segundo se llamaba Guijón, que recorría toda la región de Cus. El tercero se llamaba Tigris, que corría al este de Asiria. El cuarto era el Éufrates.

Dios el SEÑOR tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara,

y le dio este mandato: «Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás.»

Luego Dios el SEÑOR dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.» Entonces Dios el SEÑOR formó de la tierra toda ave del cielo y todo animal del campo, y se los llevó al hombre para ver qué nombre les pondría. El hombre les puso nombre a todos los seres vivos, y con ese nombre se les conoce. Así el hombre fue poniéndoles nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves del cielo y a todos los animales del campo. Sin embargo, no se encontró entre ellos la ayuda adecuada para el hombre.

Entonces Dios el SEÑOR hizo que el hombre cayera en un sueño profundo y, mientras éste dormía, le sacó una costilla y le cerró la herida. De la costilla que le había quitado al hombre, Dios el SEÑOR hizo una mujer y se la presentó al hombre, el cual exclamó: «Ésta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Se llamará “mujer” porque del hombre fue sacada.»

Por eso el hombre deja a su padre y a su madre, y se une a su mujer, y los dos se funden en un solo ser.

En ese tiempo el hombre y la mujer estaban desnudos, pero ninguno de los dos sentía vergüenza.

Génesis 2

Es paradójico el título del libro. Para muchas personas, familias e iglesias, la sexualidad es una fuente permanente de sufrimiento y conflicto. Violación, fornicación, infidelidad, embarazos no deseados, aborto, etc., son palabras comunes tanto para cristianos como no cristianos. El sexo es una experiencia muy negativa en innumerables jóvenes y adultos. Sin embargo, la Biblia afirma que la sexualidad es una gran bendición. La sexualidad vivida acorde con el plan de Dios es un factor de crecimiento y realización personal.

LA SEXUALIDAD EN EL PLAN DE DIOS

Empiezo con las siguientes preguntas: ¿Cuál es el fin último del amor y la sexualidad en una pareja?, ¿por qué los seres humanos tienen impulsos, necesidades e inclinaciones sexuales?, ¿por qué los hombres y mujeres necesitan amar y ser amados?

La sexualidad: más allá de la reproducción y el placer

Existen dos típicas respuestas a estas interrogantes. La primera ubica la sexualidad en el ámbito de la reproducción.

Para un biólogo, el enamoramiento humano tiene como propósito fundamental unir sexualmente a una pareja. De esa manera se asegura la continuidad de la especie humana. Esta visión de la sexualidad imperó fuertemente en la Edad Media. Caló tan profundo que hasta el día de hoy persiste en sectores conservadores de la cristiandad. Desde esta perspectiva, todo intento de limitar o coactar el potencial reproductivo, aun por medio de sistemas de control no abortivos, es condenado. Significaría degradar la sexualidad humana.

La segunda respuesta ubica la sexualidad en el ámbito del placer. Si se le propusiera a un joven: “Tú sólo debes tener relaciones sexuales cuando quieras tener un hijo”, ¿qué respondería?, ¿estaría de acuerdo? Por supuesto que no. Sería una propuesta absurda. Para la cultura juvenil, el sexo es una fuente de sensaciones altamente placenteras. El sexo ha dejado de ser una manera de decir te amo para reducirse a una forma desesperada de encontrar placer en una sociedad en crisis. Una gran cantidad de adolescentes descubre su sexualidad totalmente divorciada de la afectividad.

Las Escrituras judeo-cristianas reconocen la profunda conexión entre sexualidad y fecundidad, así como entre sexualidad y placer; pero no la define principalmente a partir de sus dimensiones reproductiva y erótica.

El propósito del amor y la sexualidad

«No es bueno que el hombre esté solo [...]» (Gn 2.18a). Con estas palabras, se inicia la creación de la primera pareja sexual: Adán y Eva. Este fragmento del Génesis aborda la problemática con que desarrollamos este capítulo: ¿Cuál es la finalidad última del amor y la sexualidad en una pareja? La Biblia responde categóricamente: terminar con, o poner fin a nuestra soledad. Desde una cosmovisión cristiana, el amor y la sexualidad humana alcanzan su plenitud cuando nuestra soledad llega a su final.

Si poner fin a nuestra soledad es el gran propósito de la sexualidad, es de vital importancia definir la clase de soledad a la cual se refiere el texto. Adán, el hombre del cual se declara que está solo, es alguien que tiene una perfecta comunión con su Creador. Habla con Dios cara a cara; pero, a pesar de ello, se encuentra solo.

Esta soledad es de tal naturaleza que ni la mejor relación con Dios puede acabarla. Es una soledad que en el caso de un hombre, sólo una mujer la puede terminar. Y, en el caso de una mujer, sólo un hombre puede hacer lo mismo.

Frecuentemente asisto a reuniones en las cuales no faltan jóvenes que se creen muy espirituales. Cuando pregunto cuántos están enamorados, muchos levantan la mano. Entonces pregunto de quién están enamorados,

y varios responden: “Estoy enamorado de Dios”. Suena muy bonito y puede evidenciar una vivencia profunda de Dios; pero no se ajusta totalmente a la enseñanza bíblica.

Si bien Adán conocía íntimamente a Dios, ese conocimiento jamás podía reemplazar la necesidad de una compañera. Con esta definición de la sexualidad en mente, evaluemos algunas prácticas sexuales contemporáneas.

❖ *La masturbación: el sexo en una isla desierta*

Empecemos con la masturbación. La psicología la concibe como algo normal y natural siempre y cuando no sea obsesiva y patológica. Para muchos es una práctica sexual sana y segura; pues permite obtener placer sin el riesgo de un embarazo no deseado y evita contraer enfermedades de transmisión sexual. Si uno define la sexualidad como la búsqueda de sensaciones agradables o placenteras, probablemente no se tenga ningún cuestionamiento a esta práctica tan generalizada entre los adolescentes y jóvenes.

Los cristianos no estamos de acuerdo con la masturbación, no por razones morales o fisiológicas, aunque muchos creen que es el peor de los pecados o que puede dañar su sistema reproductivo, sino porque es una de las formas de distorsión de la sexualidad. Rechazamos la masturbación porque no alcanza la meta suprema de la sexualidad que es terminar con

nuestra soledad. Por el contrario, la ahonda, la hace más profunda o más inmensa.

❖ *La pornografía: el sexo a distancia*

Lo mismo ocurre con la pornografía, consumida por multitudes que prefieren evitar el compromiso y las exigencias de la presencia de la pareja. Son muchos los problemas que conlleva la pornografía, como la reducción del ser humano a unas partes de su cuerpo, tales como senos, vagina, nalgas y pene. El Dios de Adán nos invita a ser actores sexuales. Pero la pornografía nos convierte en espectadores sexuales.

Por consiguiente, no disfruto teniendo relaciones sexuales, sino viendo a otros tenerlas. Nuevamente, el uso de la pornografía, en vez de terminar con mi soledad, la amplía y la intensifica; la hace más insoportable.

Masturbarse es como estar frente a un rico plato de seco con frijoles. De repente tomas un solo frijol, el más crudo; lo pones en la boca, lo masticas y saboreas; luego te paras y te retiras dándote por satisfecho. El que ve pornografía es peor todavía, porque frente a ese mismo plato —recién servido, que sugiere un delicioso sabor— se conforma sólo con olerlo. Pero Dios quiere que comas todo el plato. Toma todo lo que la sexualidad te puede dar. Todo o nada. No te conviertas en un mendigo de placer.

❖ *Sexo intenso versus sexo pleno*

Hay jóvenes que han tenido relaciones sexuales con muchas personas; han hecho todo lo que su imaginación les ha permitido; pero en lo profundo de sus corazones se sienten inmensamente solos.

El matrimonio por sí solo no garantiza que el ideal de la vida sexual en pareja se cumpla. Cuántas mujeres con más de veinte años de casadas se sienten terriblemente solas. Uno de los indicadores para saber que una relación no camina bien es cuando escuchamos decir a alguno de los dos: me siento solo/a.

La solución de Dios a la soledad humana

«[...] *Voy a hacerle una ayuda adecuada*» (Gn 2.18b). Con estas palabras se plantea la solución a la soledad humana. La “ayuda adecuada” se define, en primer lugar, en categorías existenciales y no ministeriales. La soledad es un problema existencial. La ayuda idónea es la persona que Dios pone a mi lado para poner fin a mi soledad. No debe reducirse a una compañera para el ministerio. Muchas esposas de pastores han sido excelentes compañeras de ministerio, pero al precio de ser mujeres muy solitarias.

La toma de conciencia de nuestra soledad

Aparentemente, el relato de Génesis entra en una contradicción. Dios ve a Adán solo y planea crear una

ayuda adecuada para él. Pero Génesis 2.19 no nos narra la creación de la mujer sino la de los animales. ¿Acaso Dios estaría pensando en una mascota para terminar con la soledad del hombre? Es cierto que hay mujeres que prefieren tener de compañero a un perro antes que a un hombre, porque los hombres que han conocido se han portado peor que perros.

Para entender lo que está pasando, usemos nuestra imaginación. Dios no sólo crea los animales sino también le encarga a Adán una tarea: ponerles nombre. Los animales se ponen en fila y van pasando delante de Adán. En eso pasan don mono y doña mona. Adán ve al mono y se da cuenta de que el mono tiene a su lado a alguien que es igual a él, un mono, pero a la vez distinto: una mona. Adán mira a la izquierda y a la derecha de sí mismo y se percata de que no tiene a su lado a alguien como sí lo tiene el mono.

Pero, más grande aún es su sorpresa al observar que don mono y doña mona se marchan a la selva y que luego de varios meses no regresan dos sino tres. ¿Cómo lo hicieron?

Por eso, cuando Adán termina de poner nombre a los animales, el relato llega a una conclusión: [...] *no se encontró entre ellos la ayuda adecuada para el hombre* (Gn 2.20b). Adán toma conciencia de su soledad.

Antes de la creación de los animales, Adán estaba solo y feliz. El único que se había dado cuenta de su soledad

era Dios. Me imagino a Adán como a Tarzán agarrando una liana y tirándose de un árbol a otro, nadando feliz en los ríos del Edén y trepando las montañas del huerto. Era feliz. Pero, a través de la experiencia de poner nombre a los animales, Dios lo lleva a tomar conciencia de su soledad.

Todos hemos pasado o vamos a pasar por un proceso similar al que atravesó Adán. Hay una etapa en la vida en que estamos solteros y nos sentimos bien. Pero, tarde o temprano, entramos en otra etapa de la vida. Comenzamos a sentir la profunda necesidad de tener a alguien especial a nuestro lado, alguien con quién compartir la vida, y, así como Adán, tomamos conciencia de nuestra soledad. Ni papá o mamá, ni nuestro mejor amigo o amiga, por más excelentes personas que sean, pueden satisfacer el hambre y la sed de una relación significativa. Comienzo a experimentar la necesidad de una persona que me ame y a quien yo ame.

La toma de conciencia de nuestra soledad es un momento muy peligroso. Las personas se vuelven muy vulnerables. Se experimenta un fuerte desamparo afectivo. Nos llenamos de mucha ansiedad, angustia y afán. Podemos tomar decisiones de las cuales quizás nos arrepintamos el resto de nuestra vida.

Algunos piensan que nunca van a encontrar la pareja ideal. Otros se van con la primera que les da un poquito de

atención y cariño. Muchos inician su vida sexual creyendo que así van a calmar su sed de amor.

Abriéndonos a la sorpresa de Dios

Es hermoso lo que Dios hace cuando Adán se siente solo. No le trae una pareja, como muchos esperarían, sino lo duerme. El texto declara:

Entonces Dios el SEÑOR hizo que el hombre cayera en un sueño profundo [...] (Gn 2.21a).

La soledad viene acompañada de mucho estrés. Al dormir a Adán, Dios lo invita a reposar. Lo tranquiliza. ¡Qué buen psicólogo es Dios! Actúa de la misma manera en que un psicólogo moderno actuaría frente a un paciente ansioso. Lo ayuda a relajarse.

Muchos, cuando se enamoran, se afanan y desesperan hasta el punto de no escuchar ningún tipo de consejo. Nada les importa con tal de sacar adelante su relación sentimental. Pasan por encima de los padres y líderes de la iglesia. No quieren esperar. Sólo cuando entramos en el reposo de Dios y dejamos que nos duerma, estamos listos para tomar una decisión objetiva e inteligente. Cuando entramos en el reposo de Dios, entonces nos abrimos a las sorpresas de Él.

Eva no llega a la vida de Adán como resultado de la capacidad de seducción de éste. Tampoco como fruto

de su persistencia y terquedad en vencer la negativa de una mujer. Adán estaba dormido. No tuvo ninguna participación. Ella llega a su vida como una sorpresa de Dios.

Cuando conocí a la mujer que hoy es mi esposa, le compuse una pequeña canción en forma de oración. Ésta refleja cómo experimenté ese momento. La estrofa dice:

*Nunca lo pensé, realmente nunca lo pensé,
que fuera tan hermoso tener alguien a quien amar.
Cuando menos lo pensaba pero más te buscaba,
tú me diste alguien a quien amar*

Adán se había dormido y despertado muchas veces. Cada vez que abría sus ojos por la mañana, contemplaba la hermosura y belleza de la creación: el sol brillando en medio de un radiante cielo azul, verdes montañas que contrastaban con un lago cristalino. Pero esa mañana, cuando él despertó, qué sol ni cielo ni montaña ni lago. Él vio una mujer. ¡Y qué mujer!... Además, estaba desnuda. Así lo atestigua el último versículo del capítulo 2 de Génesis. Si yo hubiera sido Adán, seguro que hubiera exclamado: “¡Guau, qué buena está!”.

UNA SANA TEOLOGÍA DEL CUERPO Y EL AMOR

Hablar de cuerpos desnudos pareciera ser un tema escabroso del cual no deberíamos ocuparnos. Pero

observamos una generación de jóvenes que no sólo ha descubierto el cuerpo, sino que también lo quiere mostrar. ¿Cuál debe ser la actitud cristiana frente al cuerpo?

Supongamos que un joven cristiano se va a la playa. Una calurosa mañana se levanta muy temprano a hacer su devocional y comienza a alabar a Dios contemplando la inmensidad del mar. De repente, aparece una preciosa mujer en bikini. ¿Cómo reaccionarías tú? Bueno, depende de tu teología del cuerpo. Unos dirían: “¡Satanás, que el Señor te reprenda; me quieres hacer caer!”. Otros quizá harían un hueco en la arena, donde meterían la cabeza para no ver. No faltarían los que saldrían corriendo emulando a José, cuya historia se relata en el Antiguo Testamento.

Las tres miradas

A una mujer hermosa hay que echarle tres miradas.

La primera debe ser una mirada de celebración. Es Dios quien ha creado ese hermoso cuerpo y no el diablo. Hay que decir: “Qué linda es la creación de Dios”. Hay que agradecer por la capacidad de apreciar la belleza de una mujer.

La segunda debe ser una mirada de compasión; no con pasión sino de compasión. El libro de Proverbios enseña: *Como argolla de oro en hocico de cerdo es la mujer bella pero indiscreta* (Pr 11.22). Esta mirada, llena de misericordia,

UNA BENDICIÓN LLAMADA SEXO

Paradójicamente, como señala el autor, muchas veces en la experiencia de la familia como en la iglesia, la sexualidad en vez de ser una bendición ha sido un tropiezo o algo que ha traído mucho dolor.

En las páginas de este libro los lectores encontrarán una visión cristiana del cuerpo y la sexualidad, y concluirán en que el sexo es una bendición.

- *¿Cuál es el fin último del amor y la sexualidad?*
- *¿Por qué los hombres y las mujeres necesitan amar y ser amados?*
- *¿Cómo responden las Escrituras a los mitos que sobre el sexo la sociedad ha construido?*
- *¿En qué difiere el amor de la pasión?*

Alex Chiang Nicolini, fue pastor de la Iglesia Alianza Cristiana y Misionera de Pueblo Libre, una de las congregaciones más grandes de Lima.

Estudió sociología y educación en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Colabora como conferencista internacional con iglesias y organizaciones cristianas en América Latina, además es asesor de la Asociación de Grupos Evangélicos Universitarios del Perú (AGEUP).



Ediciones PUMA

ISBN: 978-9972-701-46-7



Categoría: Jóvenes – Sexualidad